

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Sombras de muerte

Don Alejandro, don Alberto

La justicia laboral tiene precio. Y no es barata. Cuesta mil millones de pesos. Esa cantidad tiene que ser depositada, en efectivo, por los trabajadores de la Cervecería Modelo, a más tardar el miércoles, para que se haga efectivo un derecho que la justicia federal ya reconoció: el de que su huelga no sea declarada inexistente. Pero su derecho puede ser anulado si no reúnen esa cantidad, que debe sonar fantástica a los oídos de quienes venden su fuerza de trabajo. Y el depósito, en el colmo de la aberración jurídica, es preciso según la ley para no causar perjuicio a los patronos.

Viene de la 1

Deberíamos dedicar hoy amplio espacio a esa insultante decisión, pero lo haremos mañana, pues hoy, si los lectores dan licencia, estas líneas quedarán dedicadas a mexicanos constructores, ciudadanos útiles que enmudecieron en las últimas horas, dejando una doble y contradictoria estela con su muerte: la de pesar por la pérdida misma; la de júbilo por la conciencia clara de su vida valiosa y su tránsito aliviador.

Empecemos, como es lógico, por evocar a don Alejandro Gómez Arias. Con su muerte se cierra casi por completo un capítulo de la historia mexicana, el de la edificación de sus instituciones, esas que dieron santo y seña de nuestras posibilidades como país y que hoy están ante la picota de la modernidad, palabra calificada por don Alejandro como "uno de los más huecos slogans en la historia de nuestra política". Trazar de modo sumario su recorrido vital es útil en esta hora de inmediateces en que se actúa para sólo el presente sin recordar el ayer ni avizorar el porvenir.

Sus momentos finales cuadraron con su vida entera. Todo embonaba a la perfección: el que se le sepulte en el Jardín, en razonable espera de que florezca; la presencia de sus amigos entrañables, así los del año 29 como los más recientes, como don Julio Scherer y don Rodolfo Mendiola; y sobre todo, la entereza de su viuda, doña María Teresa Salazar Mallén, recia y dulce, atenta a agradecer a don Efraín Brito Rosado sus palabras ante la tumba, y al doctor José Narro las condolencias de la Universidad, que ganó la A de su sigla gracias, entre otros, a "aquel joven capitán de la jornada autonomista", como lo llamó Baltasar Dromundo.

Nacido en Oaxaca el 24 de abril de 1906, Gómez Arias se hizo notar desde sus años en la Escuela Nacional Preparatoria como miembro de un grupo apodado *Los cachuchas*, practicantes de la camaradería sin cálculo, de la fraternidad sin aspavientos. Luego, en la escuela de derecho, Gómez Arias cobró fama versátil: "Se le conocía —escribió Hayden Herrera— como orador brillante y enérgico, narrador divertido, estudiante erudito y buen atleta. Asimismo, era apuesto, con la frente alta, bondadosos ojos oscuros, una nariz aristocrática y ojos finos... Cuando hablaba de política o de Proust, pintura o chismes escolares, sus ideas fluían con soltura; para él, la conversación era un arte e interpolaba periodos de silencio con mucho cuidado, logrando mantener siempre la atención profunda de su público". Con ese equipaje, ganó en 1928 el campeonato nacional de oratoria. Pero fue el año siguiente, 1929, el que lo ubicó en el centro de la historia nacional. Dirigente de la Confederación Nacional de Estudiantes, encabezó la huelga que en julio consiguió para la Universidad Nacional un estatuto, precario y perfectible, de autonomía que fijó su carácter para el siglo por venir. Y luego, como una prolongación natural, inevitable de esa lucha, se incorporó al vasconcelismo, movimiento cívico de alcances como no los había habido desde Madero y no los hubo hasta 1988.

Pero sería injusto para don Alejandro congelar su imagen de hombre público en los sacudimientos del 29. Es verdad que el desenlace de la campaña de Vas-



Paréntesis personal Si Se Me Permite

El Premio Manuel Buendía, si perdura, será el más deseado y honroso de cuantos se conceden a la información y la crítica. Por notables razones: lo han instituido dos universidades progresistas, democráticas, importantes en la vida cultural de México, a las que se unirán pronto —o lo hicieron ya— la Unidad Xochimilco de la UAM, la Universidad de Sonora, la de Chiapas, la Iberoamericana y la Antonio Narro de Coahuila. También porque forman el jurado los rectores de las Universidades de Puebla y Zacatecas y tres maestros.

concelos —la imposición brutal, las deserciones— marcaron su carácter de por vida. Pero sus días no se agotaron entonces. Es verdad también que entonces se posó sobre su hombro el ángel del escepticismo, del que llegó de los años a ser un militante, pero no corroído por la amargura ni por el pasmo neurótico. Al contrario, no cesó de crear. Humberto Musacchio encontró que, ya en 1934, mientras la mayor parte de los vasconcelistas se adosaban al gobierno que los había diezmado, Gómez Arias, con Miguel N. Lira, editaron una revista literaria: *Fábula, hoja de México* de la que salieron nueve números.

Un hombre tan dotado para idea como para la acción, cual era don Alejandro, halló en la Universidad el ámbito para que su espíritu de servicio público se desplegara. Allí fundó la radioemisora universitaria, pionera en su género y viva hoy como ayer. Desde la Universidad entendió, sin embargo, que las acciones gubernamentales deben ser apoyadas cuando benefician al país, y por ello organizó las manifestaciones universitarias en pro de la expropiación petrolera de 1938. Tuvo una fugaz intervención en el gobierno, como secretario particular del secretario de Educación Pública Octavio Véjar Vázquez. A pesar de que en esa función contribuyó a crear instituciones como el Seminario de Cultura Mexicana y el Colegio Nacional, cuyo discurso inaugural pronunció, esa etapa no hizo que mejorara su opinión sobre los políticos y la política cuando cae en la mezquindad. Ello no obstante, quiso todavía creer, y participó en la fundación del Partido Popular, del que

fue vicepresidente en su primera fase, antes de desencantarse por entero de la acción organizada. Se dedicó desde entonces a una solitaria vida de reflexión y escritura, que resolvió compartir con el público hacia 1968, cuando don Julio Scherer se aprestaba a asumir la dirección general de *Excelsior*. Para entonces, había depurado su estilo, ahondado en su percepción de la historia mexicana y afinado la brújula y el sextante para decirnos a sus lectores por dónde navegar. Aunque no fue propiamente un periodista, desde entonces no dejó de estar presente en los medios, señaladamente en *Siempre!*, pero también en *Punto* y *La Jornada*, de cuyos consejos editoriales formó parte. Y ganó, por sus artículos, premios como el del Club de Periodistas, el instituido por don Elías Sourasky y el titulado con el nombre de su respetado amigo Manuel Buendía. En el acto en que este último se le confirió, tuve el honor de explicar las causas de su escogimiento para inaugurar ese premio, y lo que dije y escribí entonces, mayo de 1985, no hizo más que refrendarse en los años siguientes.

En la revista de Pagés Llergo dejó su mejor legado de escritura pública. Aparecía una semana sí y otra no, pero la escasez de sus contribuciones estaba compensada por la contundencia de sus tesis, por el leve desapego que sentía por casi todo, excepto los valores que amó desde niño, por el descreimiento que se fue haciendo su modo natural de ser, sin que obligara a quienes lo leíamos a compartirlo mediante fórmulas imperativas. Enfermo ya, en vísperas de entrar en agonía, conservó aún la claridad que le

permitió escribir lo que fue su postrer, casi póstumo texto. Escuchemos, para calibrar el tamaño de su pérdida, lo que este liberal genuino dijo sobre la conversión de nuestro gobierno al catolicismo y la eventual reforma al artículo 130 de la Constitución, apenas en el número de *Siempre!* que empezó a circular el jueves anterior:

"Esa norma es, en el conjunto de las que forman la Carta de Querétaro, la más perfecta. Cuando finalmente, en la sesión permanente de los últimos días de enero de 1917 se aprobó por unanimidad, se alcanzó la cima de un trabajo verdaderamente revolucionario. Ningún otro artículo como el 130 recoge los ecos de la lucha como éste. Es, como ella, tumultuoso y vital; como ella, intentó combatir muchos males cortándolos de un tajo. Es, como ella, un trozo de utopía, testimonio de la voluntad revolucionaria. Nunca se cumplió plenamente, pero fue siempre arma en defensa de la nacionalidad, la espada sostenida por un frágil hilo sobre la ultraderecha mexicana".

Y al proponer una revisión total de la Constitución, que "aclare y fije el deseo de la mayoría", don Alejandro volvió a la fe, al borde mismo del más allá: "Tengo la convicción de que otra vez, como en el 57 del siglo anterior o el 17 del que agoniza, el México radical, revolucionario, con sus propios e inconfundibles perfiles, resurgiría. Valdrían la pena los sacrificios inevitables y poner a prueba la República. Hoy sólo vemos dos caminos: hacemos una nueva Constitución, o defendemos sin concesiones la integridad de la vigente. Es una cuestión que no puede matizarse. Vida o muerte, sin duda".

En el cementerio, a la hora de enterrar a don Alejandro, Chelo Martínez de la Vega nos dio la otra infausta noticia: la muerte de don Alberto Peniche Blanco. Por una larga y penosa enfermedad se había ausentado de su oficina de director de prensa de la Secretaría de Educación Pública, aunque se esforzaba por hacer efímeras apariciones reveladoras de su voluntad de trabajo, una de sus prendas más apreciadas, aunque no la única ni la mayor. Después de un periodo como agente vendedor de publicidad y administrador de *El Sol de Puebla*, ciudad en que nació, don Alberto fue secretario particular de don Francisco Martínez de la Vega en el gobierno de San Luis Potosí. Como gerente de *El Heraldo de México* dio a ese periódico de la familia Alarcón la solidez y presencia que se perdió con su alejamiento en 1976. Todavía estaba allí cuando participó en un episodio que debe ser narrado, especialmente ahora que ha muerto y no se le expone a eventuales acusaciones de infidencia: cuando estaba por aparecer *Proceso*, no había papel con qué imprimirlo, y dos editores de diarios lo menos cercanos en su posición a la del naciente semanario, pusieron su hombría de bien y su sentido de la amistad por encima de sus propios intereses y de las empresas en que trabajaban, para aportar el papel que fue entonces preciso y precioso. Uno de ellos fue don Alberto (el otro puede todavía tomar como una indiscreción imperdonable el que se le cite), que practicó ese tipo de generosidad miles de veces más, razón por la cual muchas personas resentirán su pérdida como la de alguien querido y entrañable.